

# EL BLUES DEL DETECTIVE INMORTAL

Andreu Martín



El *blues* del detective inmortal es el primer título de la serie *Asesinatos en clave de jazz*. Una palpitante incursión en el mundo del *jazz* de la mano de uno de los máximos exponentes de la novela negra en España, que transcurre por el ambiente canallesco de los barrios de Barcelona. En ella, extrañas desapariciones y asesinatos acompañan a sus personajes con una intriga digna del mejor Vázquez Montalbán. Como colofón, su obra viene con su propia banda sonora, compuesta por el músico Dani Nel-lo (antiguo saxo de Los Rebeldes). Sin duda, Andreu Martín es asimismo popular entre el público más joven gracias a su archiconocido detective Flanagan.

*Agradezco de todo corazón la valiosísima  
aportación que el gran saxofonista Dani Nel-lo  
ha hecho a esta novela.*

*Sin él, sería una historia musical sin música.  
Y la ayuda de Marta Muntada, que ha puesto a  
mi disposición fragmentos de geografía para mí  
desconocidos, para que yo pudiera modelarlos a  
mi gusto y capricho.*

*Y el ojo crítico de Raúl Argemí, que, aun siendo  
colega, supo ser sincero y me aconsejó con tino  
que efectuara tantos cambios.*

*Y el entusiasmo y la profesionalidad de José Luis  
Gómez, que ha servido de combustible para  
sacar adelante este proyecto que desde hacía  
tanto tiempo me pedía el cuerpo.*

*Con amigos así, trabajar es mucho más fácil y el  
placer de la escritura está garantizado.*

*Ahora sólo falta que el placer que he  
experimentado como autor se traslade al lector.*

*Vamos a ver.*

# EL BLUES DEL DETECTIVE INMORTAL

Andreu Martín

# 1.

## YO MATÉ A PEPE ORVALLO

Vestidos de negro y abrumados por la vergüenza, en una hermosa, húmeda, sombreada, vetusta plaza del Barrio Gótico, empezamos a tocar de repente.

Uno, dos, un-dos-tres, y arrancamos con vigor las primeras notas de *On the Sunny Side of the Street*, con Jordi Cerdà a la guitarra, Pepín Orango al contrabajo, Ovidi Aliaga y su tabla de lavar, y un servidor de ustedes, Óscar Bruch, al saxofón.

La música nos trae a la cara el calorcillo de este sol de junio, paseando como millonarios sin nada que hacer, los cuatro juntos, sosegados y dichosos. Después de una breve introducción para situarnos, emerge el tema...: *grab your coat and get your hat, leave your worries on the doorstep, life can be so sweet on the sunny side of the street*, la vida puede ser muy dulce en el lado soleado de la calle.

Entre tanto, se va formando un corro de mirones tan apacibles como nuestro paseo, y entre el público, la sorprendente presencia de instrumentos como los nuestros, otra tabla de lavar, otro saxo tenor, un clarinete, un banjo. Y miradas contrariadas que nos quieren echar. «Eh, vosotros, ¿qué hacéis aquí?», no dicen con palabras pero sí con el gesto. «No os conocemos. Largo. Esta plaza es nuestra». Nosotros también intercambiamos ojeadas mientras seguimos paseando por el lado soleado de la calle. «¿Quiénes son éstos? ¿Qué quieren? Nos van a echar. La calle no es suya. Nosotros llegamos primero. ¿Nos van a echar?».

Sí. El clarinetista, de más de cuarenta, nariz gruesa y roja punteada de barrillos, me lo está diciendo con la cabeza ladeada, el rictus torcido y las pupilas perdonavidas. Fuera de aquí. Ataco mi solo, empiezo suave pero seguro; después de ocho compases, añado firmeza a la segunda octava. Un paso al frente y una sonrisa de fanfarrón inconsciente y suicida: «Chúpate ésa, ahí tienes el rayo de sol más caliente de esta acera centelleando en mi saxo». Lo mío es un desafío y lo suyo es una aceptación de tú lo has querido. Cuchichean entre ellos los músicos invasores y se ríen con suficiencia, porque entre todos deben de tener doscientos años más que nosotros, y «dónde van esos niñatos, qué pretenden, ahora verán».

Acabo el segundo coro y, cuando voy a dar entrada a la guitarra de Jordi Cerdaña, se nos suman el sonido de otro saxo, otra tabla de lavar, un clarinete, el contrabajo, el banjo, todos muy concertados, muy amigos, de pronto una orquesta de nueve músicos donde sólo había cuatro. Los ciudadanos convocados amplían sus expresiones de alborozo, premiados con el doble de felicidad de la que esperaban. Primeros aplausos. Ya hay pies que no pueden parar quietos. Mucha gente llega a la plazuela atraída por las vibraciones de este día soleado, se tiran de la manga, «eh, tú, mira esto, ven, vamos a ver».

Pero no todo es tan bonito. Ahora, estamos andando en mala compañía. Cuidado con estos veteranos, no pierdas de vista tu cartera. Esperadamente, sus instrumentos suenan mejor y más fuerte que los nuestros. El clarinete del narizotas brilla más, el *swing* de los dedales sobre la tabla de lavar es más firme, el banjo introduce un jolgorio contagioso que tapa la guitarra de Jordi y el sonido del contrabajo es tan contundente y seguro como un rinoceronte al galope.

Así que hay que contraatacar. Me vuelvo hacia mis compañeros, Jordi, Pepín, Ovidi, y frunzo el ceño para consultar si piensan lo mismo que yo. Sí: hay que dar más intensidad

a ese ritmo, acelerarlo si hace falta. Allá vamos, con Jordi Cerdaña y su guitarra a la cabeza. Jordi tiene un sonido auténtico y sus dedos recorren el mástil a saltos de bailarina clásica. Su pequeño amplificador ruge descarado y sus *glissandos* de abajo arriba y de arriba abajo ponen a los espectadores de puntillas.

En ese momento, mi atención queda atrapada por unos ojos de mujer, sinceros pero duros, intransigentes pero sensibles, que me animan y exigen un esfuerzo más. Es una mujer de poco más de treinta, revestida de una firmeza y una seguridad en sí misma que excluyen cualquier tipo de coquetería y presunción. El cabello castaño recogido atrás le destaca las facciones sin vanas luces ni sombras, labios gruesos sin exagerar, mandíbula plena de resolución. Camisa masculina, chaleco de muchos bolsillos, vaqueros, zapatillas de deporte. No le son necesarios los tacones para ser más alta que los de su misma estatura.

Al notar su atención fija en mí, casi se me escapa la carcajada por debajo de la boquilla, aunque sé que no tenemos ganada la partida. Ni mucho menos. El paseo por esta agradable acera se convierte de pronto en carrera enloquecida, demasiado enloquecida para nuestras limitadas posibilidades. Jordi y yo nos miramos de reojo y empezamos a improvisar un *riff* que nada tiene que ver con el tema original. Voy siguiendo a Jordi, no sé dónde voy a parar pero lo sigo. Nos alejamos a toda máquina de la ortodoxia y dejamos atrás a la banda rival, desconcertada. Pero, lo sé, nos hemos metido en un sembrado desconocido y peligroso, no ensayado, una corriente de música que nos arrastra como los rápidos de un río, plagados de escollos mortales. La cabeza va mucho más deprisa que nuestros dedos, y los rivales lo saben, se dan cuenta, y nos dan carrete como se da carrete al tiburón que picó el anzuelo. Lo malo es que no somos ni tiburones. Nos estamos quedando en sardinitas. Nuestro talón de Aquiles está precisamente en el genial Jordi Cerdaña, porque él sabe lanzarse a la piscina,

siempre se lo decimos, pero no sabe cómo salir de ella. Es como el delantero de fútbol que hace regates de más. Le encanta improvisar pero olvida que se ha formado a base de metrónomo y papel pautado y que sin ellos pronto tropieza con sus propios cordones. Eso es lo que está sucediendo ahora. Le faltan horas de vuelo y se está yendo de bruces para gran alegría de nuestros oponentes.

Ahora interrumpen el solo todos a la vez. Empiezan a improvisar en la más pura tradición de Nueva Orleans, melodías y contramelodías tejen un himno triunfal y festivo, como si celebraran nuestra llegada a la meta al mismo tiempo que nos arrebatan el trofeo. Su entrada arranca una ovación del público, nos roba miradas y admiración, y ahora ya son ellos los protagonistas, los dueños de la plaza, los mejores. Hasta yo les aplaudiría, de no tener las manos ocupadas en mi saxo.

Estamos llegando al final totalmente desfondados. Nos hemos convertido en comparsas del adversario, meros acompañantes de su lucimiento. Prolongar esta situación sólo puede terminar en humillación, así que, por nuestra parte, ponemos el freno de mano. Educadamente, con un remate generoso que descarta la rendición incondicional, seguimos tocando pero ya sin ningún tipo de intensidad. Acabamos el asalto en pie pero con el sonido de K.O. saliendo de nuestros instrumentos. Dejamos en manos de los veteranos la conclusión del tema y ellos lo asumen sin ensañarse. Un último coro correcto, muy bien dicho, potente pero sin estridencias, volviendo al arreglo original, y consiguen que el sol deje de quemar y nos acaricie de nuevo con su calidez aterciopelada. Y fin.

Aplausos entusiasmados. Deferentes con nosotros, agradecidos como se es agradecido con el camarero que nos ha servido un menú suculento, amables como se debe ser amable con el mayordomo que nos ha abierto la puerta del palacio; pero enfervorizados con los ganadores del duelo, suplicándoles más, a ellos, no a nosotros. «Conti-



nuad con este concierto que ha empezado tan bien. Aquí, en vuestra plaza, donde siempre estamos acostumbrados a encontraros». A ellos, no a nosotros.

Sólo una persona nos premia con palmadas lentas y sonoras, y con su mirada firme. La mujer del cabello castaño recogido, la de camisa masculina y mandíbula voluntariosa. Nos aplaude a nosotros. No a ellos.

Adivino que se acercará para hablar conmigo. Lo deseo. Pero primero se acercan los del otro grupo para ponernos en nuestro lugar, para echarnos del rincón usurpado.

—Es que éste es nuestro sitio.

—No lo sabíamos.

—No pasa nada. Ha sido divertido. Tocáis muy bien. ¿De dónde salís?

—De aquí y de allí. El contrabajista es el que tiene más experiencia. El resto: uno del conservatorio, otro estudia en una escuela de música... Yo también iba al conservatorio, pero lo dejé. Llevamos un tiempo ensayando y hoy, por fin, nos hemos animado a salir.

—Bien, bien. Pues buscaos otro rincón. La ciudad es muy grande.

Me desprendo de él para acercarme a ella. La sonrisa le achica los ojos y hace que el sol continúe siendo benévolo y cálido.

—Muy bien —dice, mientras asiente con la cabeza—. Muy bien.

Asentimos y sonreímos los dos. Me gusta que le haya gustado, pero qué se dice en estos casos.

—El de la tabla, ¿toca batería?

—Sí, sí, claro.

—¿Tiene batería?

—Sí, en su casa.

—Bien. ¿Y tú...?

—Hago lo que puedo.

—Es que... Oye... —no sabe cómo empezar—. Oye, tengo un pequeño bar musical aquí cerca. Y ando buscan-

do un grupo. ¿Os gustaría?

No sé qué decir. No sé si creerla.

—¿Un bar musical?

—Hace muy poco que lo he abierto. De momento, yo toco el piano, pero me gustaría ampliar la oferta. Hay sitio y, bueno, no sé...

No sé si implicar a los otros del grupo en la conversación. Pedirles opinión.

—No sé. ¿Por qué no contratas a estos otros, que son mejores?

Su mirada es muy sabia. Y bastante dura.

—No hagas nunca ese tipo de preguntas —me replica, demasiado adulta—. ¿Tú qué prefieres? ¿Que os contrate a vosotros, y tener así un lugar para ensayar siempre que queráis, y una plataforma para daros a conocer; o que los elija a ellos? Límitate a aceptar la suerte como te viene. Si es que os queréis dedicar a esto y no vais de aficionados sin ambiciones...

Yo me columpio en sus puntos suspensivos, indeciso, desconfiado. Ella, que no está acostumbrada a insistir mucho, añade:

—Además, éstos del otro grupo ya tienen trabajo. Todos tocan en orquestas profesionales. El clarinete es músico del Liceu.

Les echo una ojeada, un poco rencorosa, y considero que la categoría de los vencedores en el duelo aumenta nuestra propia categoría.

Ya tenemos que apartarnos del espacio donde los otros van a arrancar su segundo tema, y me llevo a mis amigos hacia un rincón de la plaza. La mujer me sigue. Les cuento que hay una oferta, un bar musical para ensayar y tocar algunos días de la semana...

—¿Cuánto pagan? —dice Ovidi.

—¿Es ésa? —dice Pepín, mirando por encima de mi hombro, hacia mi espalda. E, imprudente como siempre—: Está buena.

—Será por el dinero —protesto a Ovidi—. Estábamos dispuestos a tocar en medio de la calle por unas monedas...

—Si queréis conocer el bar —nos ofrece la mujer—, podemos ir ahora mismo. Está cerca. Os invito a unas cervezas y hablamos.

Nos miramos y dudamos, como adolescentes superados por la vida.

—Bueno —decido yo—. Sí, de acuerdo. Aceptamos la invitación. Yo me llamo Óscar. Él es Pepín, el guitarra es Jordi Cerdaña y el batería se llama Ovidi.

Nos estrechamos las manos y, si hay algún gesto que sugiere beso en la mejilla, todos lo ignoramos, quizá porque ella podría ser nuestra madre, quizá porque estamos cerrando un negocio y los negocios se cierran con firmes apretones de manos y no con besitos melindrosos.

—Yo me llamo... Llamadme Zabala.

—¿Chavala? —se sorprende Pepín, siempre en voz demasiado alta.

—Me llamo O, pero no me gusta que me llamen sólo O.

—¿O? —decimos los cuatro, casi a coro.

—O, sí. O. María de la O, en el DNI. Pero no me gusta ni O, ni María de la O, de manera que todos me conocen por mi apellido. Zabala.

Aquí ya no hay quien converse porque los ganadores del duelo están emitiendo una versión ruidosa, eufórica y euforizante de *If You Knew Suzy* que nos va desplazando sin piedad hacia el extremo de la plaza.

Echamos a caminar, guiados por Zabala, O Zabala, que va a mi lado y me da conversación.

—Me ha gustado cuando os habéis acelerado, bueno, cuando has empezado a improvisar con el guitarra —dice—. Os habéis perdido, pero sonaba fresco y divertido.

—Sin querer —puntualizo.

—Bueno, a veces las obras geniales salen por casualidad. Sea como sea, me ha parecido muy interesante. Te-

néis que continuar profundizando por ese lado. Estabais aportando algo original. Si te pones con una versión de un tema tan tan conocido, tienes que inventarte algo nuevo; si no, es mejor que no lo hagas.

—Será por eso por lo que nos han echado de la plaza —murmuro, dolido.

—Os han echado porque tocan mejor, bueno, ¿y qué? Hace mil años que se dedican a reproducir esa serie de canciones, siempre igual, aspirando únicamente a sonar como las versiones originales. Es muy respetable, sí, pero lo vuestro, no sé, tenía algo.

—Supongo que nos ha salido el espíritu roquero. El *blues* y el *jazz* tradicionales, bueno, están bien, pero Ovidi iba más bien para *heavy* antes de que escuchase a Gene Krupa y se colgara del *swing*; y a Pepín le encantan el *blues* y el *rock'a'billy*. Y Jordi es un caso: estudiaba guitarra clásica, bueno, y todavía la estudia, pero hace un año conoció a un guitarrista gitano francés en la Costa Brava que le enseñó un poco de *manuche*, de *gipsy-jazz*, y la verdad es que se le da muy bien. A mí me vuelven loco los saxofonistas de *rythm'n blues* y *rock'n'roll* de los años cincuenta. Ésos sí que sabían tocar.

—Él sí es feo —me recrimina Zabala—. Decir «ésos sí que sabían tocar» es como decir que vosotros no sabéis. Y sabéis. Sabéis tocar más de lo que creéis.

O Zabala quiere incluir a los otros en la charla, sobre todo a Jordi Cerdaña, a quien busca con la vista aunque para ello deba rezagarse. Le dice:

—Me ha gustado mucho tu toque, tienes unos dedos muy rápidos.

—Lástima que me haya desinflado enseguida —dice él, asumiendo sus limitaciones—. Siempre me pasa lo mismo. Echo a correr, echo a correr, y luego... —se ha puesto colorado, pobre Jordi Cerdaña.

—Cuestión de práctica —lo anima ella.

Le cuento que nos hemos conocido en exámenes del conservatorio. Ni a Jordi, ni a mí, ni a Ovidi nos gustaban los instrumentos que nuestros padres nos obligaron a aprender. A mí, al principio, el saxofón me parecía instrumento de payasos de circo, y Jordi odiaba la guitarra clásica; hasta se había llegado a dormir en clase. Entonces todavía no conocíamos la auténtica guitarra de Django Reinhardt, o el saxo de Charlie Parker, o la batería de Gene Krupa. El que siempre ha estudiado (y hecho) lo que ha querido es Ovidi, Ovidi Aliaga, que quería ser batería desde su más tierna infancia y ha conseguido su objetivo a fuerza de enloquecer a sus padres. Son familia de posibles, con mansión de lujo en Vallvidrera, y allí es donde ensayamos, en una caseta que tienen en el jardín, apartada del edificio principal, donde no molestamos a nadie. Allí podemos grabar nuestras maquetas, en un equipo de grabación impresionante que al chico le trajeron los Reyes del año pasado. Al principio Ovidi, para fastidiar a su padre, tocaba *rock*, *metal*, *vamos*, *caña*. Pero su padre, el señor Aliaga, es un fanático del *jazz* y nos acogió con entusiasmo, y nos contagió su gusto por los clásicos. Cuando hablo de clásicos, me refiero a Ellington, claro, y Fitzgerald, y Count Basie, y Johnny Hodges, Billie Holiday y demás, «ya me entiendes».

—Claro, claro —acepta O Zabala—, faltaría más —y se ríe.

El señor Aliaga sabía que su hijo necesitaría un grupo de músicos para realizarse como batería y que nosotros necesitaríamos un lugar donde ensayar y un batería para nuestros conciertos, de manera que no le costó nada convencernos. Y, además, resulta que Ovidi es un batería fantástico, o sea que todos hemos salido ganando.

—El señor Aliaga conoce a los ejecutivos de una discográfica, que ya tienen una grabación de lo que hacemos. Dice que estuvo escuchándola con ellos y que pareció que les gustaba, pero de momento no han dicho nada...

—¿Y Pepín, el contrabajo?

—Ése estudió acordeón.

En segundo término, Pepín Orango sacude un brazo y salta gesticulando y haciendo muecas para recriminarme el chivatazo, «serás bocazas, ¿tenías que decírselo?».

—Es muy bueno con el acordeón, pero lo odia. Yo le he oído tocar porque le obligamos a hacernos un concierto sí quería entrar en la banda. Un poco cursi y pachanguero, pero controla. Sabe mucho de música, de solfeo, de armonía y todo eso, es un músico estupendo. Y es bueno con el contrabajo como lo sería con la guitarra, o con el banjo, o el violín, o la zambomba, si se lo propusiera.

Atravesamos las Ramblas y el bar de O Zabala está allí mismo, entrando por el Carrer Nou, doblando la primera esquina a la derecha.

Es una puerta de cristales cuadrados, a la antigua, nada pretenciosa, entre un bazar de «Todo a 1 €» y un restaurante pakistaní llamado Punjab que se anuncia especializado en *tandoori*. Un rótulo de neones, que ahora está apagado, anuncia que estás entrando al Oz Blues Bar, Oz porque son las iniciales de O Zabala pero también porque alguna vez existió un lugar llamado Oz donde vivía un mago.

Un mostrador a la derecha y una hilera de mesas a la izquierda, y detrás del mostrador, un negro enorme, voluminoso tirando a gordo, con rastas, rostro brutal, labios gruesos como almohadones, ojos de malo peligroso, camiseta imperio que deja al descubierto unos músculos sólidos como de mármol negro. Nos recibe con una mirada feroz y celosa que debe de ahuyentar a más de uno y más de dos clientes. Inevitablemente, despierta mi desconfianza y vuelvo a temer una trampa mortal que se va a cerrar sobre nosotros en cuanto nos descuidemos. Inevitablemente también me pregunto si este gigante negro será el amante de la mujer misteriosa, O Zabala.

—Hola, Roque —dice ella mientras pasa de largo.

Queda claro que el gigante, que no responde y no deja de observarnos amenazador, se llama Roque.

Al fondo, al otro lado de una cortina de tela gruesa, el local se ensancha. Es una trastienda remodelada con mesas y sillas, *posters* de festivales de jazz de todo el mundo (de Montreux a Terrassa), la ampliación descomunal de una foto de Ella Fitzgerald saludando agradecida a su público agradecido, y una tarima de madera con una batería vieja y polvorienta y un modesto piano de pared. Es un antro oscuro, más desinfectado que limpio, que no parece muy ventilado, con polvo y olor de tabaco y de lejía en suspensión. A la luz gélida de los neones del techo, no resulta ni misterioso ni atractivo. En las paredes hay pinceladas torpes en distintos tonos de gris, en el suelo hay manchas imborrables que un día fueron pegajosas y aún pueden continuar siéndolo, y las mesas y las sillas parecen recuperadas de contenedores y mercadillos varios, y restauradas con muy mala pata.

—¿Qué os parece? —pregunta Zabala.

No se vuelve hacia nosotros para recibir el comentario halagador porque sabe que no será muy fervoroso. Continúa caminando hasta llegar a la tarima, al piano. Se sienta ante él y levanta la tapa, y su mirada baja me hace pensar que no está orgullosa del local, como si pensara que ella se merece algo mucho mejor, como si en algún momento hubiera tenido la mayor sala de conciertos del mundo al alcance de la mano y la hubiera dejado escapar. Entonces me pregunto de dónde sale esta mujer, cuál es su origen, cuál es su pasado. Su sonrisa mesurada, sus movimientos armónicos, su manera de andar disimuladamente coqueta, la delicadeza con que deposita los dedos sobre el teclado, todo me habla de buena familia de las de toda la vida, con grandes salones y profesor de piano particular, y colegio de uniforme y monjas, y me dispongo a escuchar algo así como la *Sonata al claro de Luna* o *Para Elisa*.

Lo que me llega, sin embargo, es un andante agradable que mete un rayo de sol en el tugurio. Y enseguida está paseando tranquilamente por el lado soleado de la calle, con